

Las oraciones contestadas de Yana

Es fácil saber que Dios contesta las oraciones cuando vemos las respuestas por nosotros mismos.

[Pida a una niña del departamento de primarios que presente el relato misionero de hoy.]

DATOS INTERESANTES

☛ Tokio, la ciudad capital de Japón, es el área metropolitana más grande del mundo. Tiene poco más de 35 millones de habitantes.

☛ Los japoneses son profundamente tradicionalistas y comprometidos con su lealtad a observar los antiguos festivales religiosos, incluyendo la adoración a sus ancestros. Pero no son profundamente religiosos. Solo un cuatro por ciento de la población es cristiana, y por cada 8.463 hay un adventista.

☛ El padre de Yana es pastor de un pequeño grupo de creyentes de habla china en Tokio. Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre ayudarán a que este grupo crezca en una iglesia china.

Directora de departamento: Yana vive en Tokio, Japón, con su madre, su padre y su hermana Chiana. *[Localice a Japón en un mapa.]* Tokio es la ciudad más grande del mundo. Yana y su familia llegaron de Taiwán hace dos años para ser misioneros en Japón. *[Localice a Taiwán en el mapa.]*

Desde que Yana era una bebé, sus padres les contaban a ella y a su hermana relatos de la Biblia y han orado con sus hijas.

—Me encanta cuando en nuestra familia oramos juntos —nos comenta Yana. Ella ha aprendido que Dios realmente contesta nuestras oraciones. Permitamos que ella nos cuente algunas de las formas en que Dios ha contestado sus oraciones.

Yana: *[Pida a una niña del departamento de primarios que nos presente este segmento del relato misionero.]*

La chaqueta negra

Cierto día mientras mi madre y yo estábamos de compras, encontré una chaqueta que me gustó mucho. Mi madre dijo que la podría comprar con mis ahorros, y así lo hice. Era

cómoda, y me gustaba usarla para la escuela.

Un domingo decidí ir al parque para encontrarme con una amiga. Fui al ropero para buscar mi chaqueta, pero no la encontré. *¿Dónde podría estar,* me pregunté. Siempre guardo mi ropa en su lugar cuando llego a casa. Cerré mis ojos y oré:

—Por favor, Dios mío, ayúdame a encontrar mi chaqueta para que pueda salir a jugar.

Comencé a buscar otra vez. Cuando abrí la puerta de mi ropero, ¡allí estaba mi chaqueta, colgada en su lugar! Alabado sea Dios, él contestó mi oración. Gracias, Jesús.

La mano de un ángel

Cierto día mi padre nos pidió a mi hermana y a mí que fuéramos al carro que estaba en el estacionamiento del edificio para buscar su celular. Nos apresuramos a llegar al ascensor y apretar el botón que nos llevaría a la planta baja, donde está el estacionamiento. El ascensor bajó, bajó, bajó. De repente las luces se apagaron y éste se detuvo. ¡Se detuvo! Estaba muy oscuro dentro, y sentí miedo. Mi hermana comenzó a llorar y a llamar a mis padres. Pero nadie podía escucharnos.

No sabía qué hacer, así que intentamos abrir las puertas del ascensor con las manos. Pero no pudimos.

—Oremos —le dije a Chiana. Cerramos nuestros ojos, aunque estaba oscuro en el ascensor, y oramos.

—Querido Jesús, por favor sácanos de este lugar. Amén.

Pusimos nuestros dedos en la puerta, y casi sin esfuerzo alguno, la puerta se abrió. Salimos sin problema, corrimos al carro de papá, buscamos su celular, y subimos las escaleras corriendo, hasta el cuarto piso, donde vivimos.

Jadeando, le contamos a papá y mamá lo que nos había sucedido. Entonces alabamos a Dios juntos. Papá nos dijo que la puerta del ascensor fue hecha para que la mano humana no pudiese abrirla, por lo tanto Dios debió haber mandado a su ángel para que abriera la puerta. Estoy impresionada porque Dios nos escuchó, aun en un oscuro ascensor.

Perdida pero luego encontrada

Me encanta andar en mi bicicleta roja. Me paseo en ella cada vez que tengo tiempo de hacerlo. Cuando regreso a casa, la estaciono en el portabicicletas y le pongo candado para que no me la roben. Después guardo la llave en una caja especial en mi cuarto.

Cierto día fui a buscar la llave de mi bicicleta, ¡pero mi caja especial estaba vacía! Busqué por toda la casa, pero no pude encontrar la llave. ¡Estaba muy triste!

Esa noche antes de acostarme, oré.

—Por favor, Jesús, ayúdame a encontrar la llave de mi bicicleta.

Después de la oración recosté mi cabeza sobre la almohada. Puse mi mano debajo de mi almohada, y sentí algo frío. ¡Allí estaba la llave! No puedo imaginar cómo llegó allí.